

López Mateos, Mariano

**Discurso inaugural del año académico de 1850 a
1851 : compuesto y leído en la Universidad
Literaria de Granada / por D. Mariano Lopez
Mateos.**

Granada : Imprenta de Don Juan Maria Puchol, 1850.

Vol. encuadernado con 9 obras

Signatura: FEV-AV-M-01414 (05)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

DISCURSO INAUGURAL

del

AÑO ACADÉMICO DE 1850 á 1851:

COMPUESTO Y LEIDO

en la Universidad Literaria de Granada,

POR

D. Mariano Lopez Mateos,

Doctor y Catedrático propietario por oposicion de primer año de Medicina, y Decano interino de dicha facultad en la mencionada Escuela, Socio de numero de la Academia de Medicina y Cirujia de esta ciudad, corresponsal de las de Madrid, Sevilla, Valencia y otras; socio de la de Amigos del País de Granada; condecorado con varias cruces etc. etc.



GRANADA:

IMPRENTA DE D. JUAN MARÍA PUCHOL.

1850.

DISCURSO INAUGURAL

AÑO ACADÉMICO DE 1850 A 1851

DEPARTAMENTO Y TÍTULO

en la Universidad Literaria de Granada.

POR

D. Mariano Lopez Peláez

Preside y lee el discurso inaugural por el doctor D. Mariano Lopez Peláez, en el día de la apertura de la Universidad Literaria de Granada, el día 20 de Septiembre de 1850.

Sapientia valet ad bene beateque vivendum. Cicor. de off.

Beata vita sine virtute esse non potest. Senec. de vit. beat.



GRANADA:

IMPRESA DE D. JUAN MARIA PUIGROU

1850

ILLMO. SEÑOR :



as miradas de todos los que componen el brillante auditorio que me escucha , las veo dirigidas á el puesto que ahora ocupo , y aun me parece que escudriño en el ánimo de cada cual , cierta curiosidad uniforme , producida por la estrañeza de ver , que el menos apropósito del claustro es el que se atreve á levantar su voz en este instante. Yo que conozco muy bien la pequenez de mis fuerzas , concedo la razon de su fundada sorpresa : mas nadie me culpe de atrevido ni presuntuoso , pues solo cedo á un precepto que no es posible reusar.

Pero cual es mi deber en este momento?... El mas sencillo en si mismo ; reducido está á dar una voz de alerta á la juventud ansiosa de ciencia , avisándola que el templo de Minerva se halla abierto ; que las áras están dispuestas , y los sacerdotes prontos para tributar el culto. Esto hecho , ved terminado mi empeño : y cual se agolpa raudal impetuoso por limitada abertura , veremos inundarse las aulas , de precoces ingenios ; afanándose por escuchar la elocuente voz de maestros ilustrados.

Y siendo el objeto tan sencillo , y su resultado tan seguro ¿ Por qué me confieso débil para desempeñarlo? Recuérdese la pompa que llevan estos actos por costumbre : véase la solemnidad ostentada en el presente : tráiganse sobre todo á la memoria los brillantes discursos pronunciados en semejantes ocasiones , y establecidos ya por ley , y justificareis mis temores.

En efecto ¿ Podré yo compararme con cuantos me precedieron en este puesto?... Los que les oyeron , los juzgaron de elocuentes en su dición , y eminentes en las ciencias ; de cuyas dotes carezco. Pero , aun dado caso que el amor propio me condujera hasta ponerme á su lado : la periódica y constante repetición de estos discursos ; su multiplicidad en el trancurso de muchos años y en multitud de establecimientos literarios , tienen agotado cuanto pudiera servir

de tema, quedándome solo el recurso del plagiario.

Empero advierto, que á mi voz acuden los jóvenes escitados por la curiosidad: y me parece muy oportuna ocasion, para presentar las ventajas que pueden esperar los que se dediquen á las ciencias; y que aguijado su deseo de este modo, estudien con entusiasmo, codiciando un porvenir lisongero.

Concebido este pensamiento; me dispensareis Illmo. Señor, ocupe vuestra atencion un breve rato, llamando la de los discípulos; con la demostracion de que el hombre encuentra la felicidad en el estudio de las ciencias.

¡Felicidad! ¡Ser fantástico y encantador, que despues del transcurso de los siglos tienes establecida tu morada en sitio tan recóndito, que ningun ser humano ha podido hallar la senda para acogerse á tu anhelado recinto!... dime, ¿De qué medios te vales para ofuscar la inteligencia que el Criador nos ha dado, haciendo que tomemos vias desconocidas, cada vez mas apartadas de los goces que presentas á lo lejos, para que lloremos mas su pérdida? ¿Serán estos, acaso, ilusiones y fantasmas? ¿O nos engañas como al niño, que al ver su imágen por vez primera en el espejo, la busca por detrás, perdiendo al propio tiempo el objeto por ambos lados?

No, Sr. Ilustrísimo: no son fantasmas, ni ilusiones: es que para conseguir un estado feliz, debemos cultivar nuestra razón hasta dominar los instintos: es que debemos ser mas hombres, para alejarnos mas del animal; es finalmente necesario, que seamos buenos y virtuosos. Los Estóicos miraban como sinónimas las palabras sábio, bueno y virtuoso; y aseguraban, «que el que lo era, tenia cierta analogía con Dios, por su poder; pues gozaba de una libertad obsoluta, por la que podia elevarse ó salir de este mundo voluntariamente, cuando el mundo amenazara trastornar su virtud.»

Sin embargo, el predominio de la inteligencia es muy difícil; porque el espíritu y el cuerpo se deben mutuo apoyo. Hartas pruebas tenemos, de que las lesiones materiales producen el trastorno de aquella; y de que las ideas mas abstractas perturban la razón, poniendo en desacuerdo las acciones de los órganos. No obstante, cultivando sin cesar nuestra inteligencia, aumentaremos increíblemente su poder; Sócrates decia: «que no siendo buenos los hombres por naturaleza, lo serian por la instruccion.»

He aquí la maraña en que nos vemos enredados, y que nos impide llegar á el fin deseado: es la lucha entre la razón y los instintos. Juzgando anticipadamente de las sensaciones, nos figuramos placeres que no es dado espresar á nues-

tros órganos; y examinadas las sensaciones de estos por la razón, parecen espresiones mezquinas de nuestros agigantados deseos.

Este engaño, esta ilusión, esplican la duda propuesta por Horacio cuando esclamaba:

*Qui fit mæcenas, ut nemo quam sibi sortem
Seu ratio dederit, seu sors objecerit illa
Contentus vivat? Laudet diversa sequentes?*

Efectivamente Sr. Ilustrísimo: es un hecho reconocido hasta por el vulgo mas inculto, que á nuestra suerte preferimos la de los otros, juzgando por mas feliz la que no se tiene experimentada. El militar llama afortunado al comerciante, que cuidando solamente de negocios propios, no sostiene los públicos á costa de penalidades y de su propia vida. El comerciante, luchando entre el deseo de adelantar su capital á un lucro, y los temores de perderlo, esclama, ¡Feliz soldado, que un momento decide de tu muerte ó tu victoria! El labrador apetece el descanso y comodidad de las ciudades: el ciudadano se ilusiona con los goces inocentes y sencillos del campesino.... todos hallan privaciones; todos sienten un vacío, que ignoran con que ocuparlo.

Siendo tal la condicion humana, que ningun estado proporciona la felicidad; (y entiéndase que tan solo hablo de la que anhelamos en vida, y no de la eterna prometida), cómo podremos

hallarla? Question es esta, que merece nos detengamos un momento.

Créese generalmente, que la felicidad se goza acumulando riquezas; ostentando grandes dignidades y honores; finalmente, gozando placeres sensuales en el ócio y el descanso; Mas cuan errados van con este juicio!

El poderoso, dicen, de nada carece; todo cede á su oro, y hasta dispone del corazon de los otros hombres pero obsérvese de cerca y se verán las angustias y sobresaltos que le ocasionan sus riquezas acumuladas; de continuo las vé espuestas al robo y á la pérdida; y con mucha frecuencia, á el arbitrio y poder de la fortuna. Aun hay mas, Señores, y es digno de fijar nuestra atencion. ¿A quién llamamos poderoso? Al que posea tantas riquezas, que ya no desee mas; y decid, ¿se ha visto alguno en este caso, por ventura? No es cierto que mas apetece quien mas tiene? ¿Habeis hallado un *bastante* en el corazon del opulento? ¿No recordais el dicho de Horacio *crescentem sequitur cura pecuniam majorumque fames*? Desengañémonos; el rico es imágen del Midas de la fábula, que en vez de felicidad, llegó á ver en la abundancia de su oro un verdadero tormento.

No está la felicidad en las riquezas, segun otros: éstas se desprecian y prodigan por conseguir altos puestos en el Estado; grandes con-

sideraciones sociales; honores y distinciones que individualicen mas á los sugetos, y los separen del comun de los demas hombres. Ya está satisfecha la ambicion: el orgullo de superioridad colma de júbilo al magnate y al potentado: todo cuanto le rodea es pequeño para él. ¿Quién le iguala en felicidad? ¡Hombre orgulloso! ¿Gozarás con calma lo que debes á la voluntad de un hombre, ó al favor de la multitud? ¡Que frágiles é inseguros son los cimientos de tu gozo! Vosotros lo veis, Señores, no tenemos que registrar anales de remotos tiempos; nuestra época nos presenta notables y repetidos ejemplos, bien conocidos por todos, de lo que el vulgo llama la rueda de la fortuna.

La dura ley impuesta al hombre por el Creador, obligándole al trabajo, amarga su situacion. Si yo pudiera apartar de mí esta pena gozando en el ócio lo que mis padres me dejaran ¡Quién mas que yo dichoso! Esclama alguno. Escusado es presentar la fatalidad de esta posicion; y no quiero tomar en cuenta, que asi como las tierras fértiles y nutridas, cuando estan paradas brotan millares de plantas silvestres y dañinas; así la ociosidad conduce á los vicios, y estos no retroceden hasta destruir al individuo entre tormentos horribles. Basta solo considerar, que quien se ocupa esclusivamente en satisfacer sus caprichos, anticipa los objetos al

deseo, sirviendo aquellos de hastío; al modo que no goza el que sin hambre come, ó sin sed bebiere: su tormento se acrecienta, porque no halla deleite en lo que disfruta; pues cual gloton saciado, apetece nuevo apetito para los manjares que ya no caben en su estómago; y oprimido por la congoja de no poder gozar lo mismo que posee, parará en desabrido y melancólico.

Queda ya bien demostrado, que ni el oro, ni el poder, ni los goces materiales, ni las diversas posiciones sociales proporcionan la verdadera ventura: siempre existe un mas *allá*, que inquieta á el alma y la tiene en perpétuo sobresalto. Si pues este desasosiego aleja nuestro anhelado ídolo, deberemos convenir, en que solo podrá hallarse con el sosiego y tranquilidad del alma, al traves de los azares de la vida. Y podremos conseguir esto, cultivando con ardor el estudio? No de otro modo, Señores; y este es el objeto que me propongo esplanar.

Claro está, que la organizacion viviente no presta los goces de la felicidad: ellos corresponden esencialmente á la inteligencia; asi es, que por mas perfecta que sea la estructura y conformacion de un animal, jamás le vemos ocupado de su estado feliz ó desgraciado: solo nosotros concebimos esta idea por una serie de juicios sucesivos; y de aquí pende, que algu-

nos la supongan una quimera, parto esclusivo de la imaginacion: porque en verdad, tampoco aparece, aun en nuestra misma especie, hasta que el espiritu alcanza cierto grado de desarrollo. Este raciocinio nos conduce irresistiblemente, á proporcionar su incremento por el estudio de las ciencias.

Cuando atendemos á la influencia del cuerpo sobre el alma, veremos una marcada inconstancia: cada momento corresponde á una impresion diferente; cada impresion determina nueva emocion espiritual; y como la sucesion de los agentes no se interrumpe, antes bien pasan rápidamente en su choque de uno á otro de los órganos, nos tienen agitados perennemente. No de otro modo podemos explicar las pasiones: verdaderos nublados que se interponen entre el espíritu y el cuerpo, llegando no pocas veces á causar la ruina de este. Y á donde acogernos para salvar del peligro que amenaza? A la razon Señores: los preceptos de una filosofía sana; el estudio de la historia, que suministra repetidos ejemplos de circunstancias análogas á las en que nos hallemos: el cultivo de las musas; y otros muchos medios que proporcionan las ciencias, son armas poderosas, con que el sábio rechaza las acometidas de tan bruscos enemigos.

No hay desgracia, ni pesar por amargos que sean, que no venza el sábio con la tranquilidad

del ánimo. Con ella distingue el impetu de las pasiones; conoce el papel que le es propio como hombre sábio y fuerte, haciéndose digno de este nombre por la medida y grandeza de alma; finalmente, con el estudio apaga los embates que le agitan; y estableciendo el equilibrio perdido por un momento, restablece el imperio de la razon, y queda en completa calma. Sócrates, el hombre mas sábio de la Grecia, maestro de Platon, Genofon y Alcibiades, manifiesta muy bien esta verdad, cuando escitado al furor por cierto siervo, exclamó: *«yo te castigaria, si no estuviera colérico.»* Y no solo demostró su fuerza moral; si no que requiriéndole en otra ocasion sus amigos porque callaba, cuando recibió un puntapié de un insolente, contestó: *«y para qué he de hablar? ¿Si un asno os diera una coz, os pondriais á darle quejas?»* Probando así, que el hombre que se eleva á esta esfera, rebaja su dignidad puesto en choque con ignorantes.

Millares de ejemplos pudiera presentar, que hablan mas que todos mis razonamientos; y no necesitaba á Licurgo, que evitó se hiciera daño al jóven ébrio que le habia vaciado un ojo: ni referiré á Thucydides, que desterrado injustamente, jamás se quejó, ni aun nombró en sus historias á Brosidas, que fué el autor de su destierro; ni presentaré á Xenophonte, que

nada se conmovió al saber la muerte de su hijo, porque acaeció heroicamente. Pero no puedo ocultar á Dionisio, tirano de Siracusa, que arrojado de la cumbre del poder, y condenado al destierro, llegó á tanta su miseria, que se dedicó á enseñar niños en Corinto para buscar la subsistencia; y preguntándole, de que le habian servido Platon, ni la filosofia, contestó al punto: «de soportar con placer y tranquilidad la pérdida de un reino, y los reveses de la fortuna.» ¡Oh admirable poder del estudio, que alcanzas á domeñar los instintos feroces de un tirano, agitado perpétuamente con estímulos y remordimientos de conciencia!

Tal vez podrá decirse; si Dionisio se conformaba con su suerte, fué porque conocia ser justo y merecido castigo de sus crímenes. Pues bien: la historia nos presenta hombres virtuosos, inocentes, ejemplares en sus costumbres; que perdieron sus bienes, honores, patria, hijos y hasta su salud y su vida; y sufrieron las penas con la mayor constancia y tranquilidad, concentrando su espíritu, y dejando modelos de doctrina en sus escritos.

Basta por todos, el que hallamos en la Sagrada Escritura, y que es citado como ejemplo de paciencia hasta en espresion proverbial: hablo de Job, cuyas miserias os son demasiado conocidas. ¡Hay poema en la antigüedad que ofrez-

ca mas riqueza, mas sublimidad, ni mas ternura que su *libro*? Puede hallarse en su época mas profundidad de conocimientos filosóficos y físicos?... Pues ya veis en que se ocupaba para soportar sus desgracias.

Y si aun este ejemplar no bastase, por estar demasiado descubierta en él la mano del Altísimo; podré presentar á Torcuato Boecio, vástago de una de las mas ilustres familias romanas, versado desde muy niño en las letras griegas y latinas, profundo matemático, diestro músico, comentador y espositor de las obras de Aristóteles; que condenado injustamente por Teodorico rey de los Godos, perdió la dignidad de Cónsul, inmensas riquezas, la patria, y por fin la vida entre tormentos atroces; con tanta serenidad, que durante su prision escribió el celebrado libro *de Consolatione Phylosóphiæ*.

Todos ellos son, no bosquejos, sino verdaderas efigies del sábio. En ellos resalta la mayor calma del espíritu, en los mas grandes tormentos del cuerpo; la constancia mas tenaz, en los sucesos mas desgraciados; finalmente, el mágico poder del estudio para lograr la felicidad posible en esta vida.

Así el sábio, gozando de suma tranquilidad de alma, ocupado con su estudio en medio de los sucesos mas turbulentos; podemos considerarle elevado á una region superior, desde donde

domina y mira las nubes y tormentas , que pasando por bajo de él, jamás le impiden que dirija su vista tranquila á un cielo perpétuamente sereno. No sin razon le compararon algunos á sus Dioses , porque gozaban de una paz eterna , y de una tranquilidad inalterable.

Quizás preguntará alguno ¿Pues qué , la dicha se halla solo resistiendo el mal? No es dado al hombre sentir y buscar el bien para adquirirla? No lo niego ; aunque si la tranquilidad del alma no es el bien esclusivo , es indudablemente preferible á todos.

Preciso es confesar , que la relacion mútua del cuerpo y el espíritu manifiestan la incontestable y reciproca influencia de lo fisico y moral; y como el desarrollo de este se debe necesariamente á la educacion , es decir , al estudio de imitacion ; es imposible que podamos aislar el espíritu de los órganos , y dejar de considerarlos como agentes. Séneca , aunque llevado de cierto rigorismo , dice: «*Summum tamen illud bonum (beatitudo) non assequitur , nisi illi et naturalia instrumenta respondeant. Ita miser quidem esse , qui virtutem habet , non potest : beatissimum autem non est , qui naturalibus bonis destituitur , ut valetudine , et membrorum integritate.*»

Esta salud , esta robustez de los miembros , proporcionando una vida sana , larga y tranqui-

la, ha de completar la felicidad codiciada. Pues bien Señores, el estudio de las ciencias tambien facilita estos medios : porque si las unas ilustran el espíritu para que conozca lo verdadero que naturalmente busca , y lo bueno que necesariamente ama ; otras, por su aplicacion, son provechosas y necesarias para mejorar los gozes físicos.

Inutil é importuno por demas, seria querer probar las mejoras que los descubrimientos y adelantos científicos proporcionan para facilitar ventajas materiales á el hombre. La curiosidad, que es el móvil principal que le impele, los halla nuevos á cada paso; causando harta sorpresa por su influencia , y por la rapidez con que se multiplican. Cada siglo ha creído que era el elegido para conquistar todos los hallazgos posibles ; y sin embargo, el que ha seguido , dejó muy atrás al que le precedia. El nuestro , si aleccionados por la esperiencia , no le declaramos el predilecto, deberemos al menos conceder, que ha sido el mas fecundo en portentosas aplicaciones; porque hemos asido y fijado con el dagüerreetipo, las imágenes que vagaban por el espacio , como desleidas entre los rayos luminosos : sin necesidad del oxígeno , hasta el dia imprescindible, encendemos la llama en el vacío produciendo la luz eléctrica ; y dándole tanta intensidad , que nos halaga la ilusion de robar algun dia al mismo Febo una parte de su hoguera inestinguible:

finalmente , porque las fuerzas halladas en el vapor , y sobre todo en el electro-magnetismo, han conmovido al mundo, estremeciendo la materia y llegando , si puedo decirlo así , casi á espiritualizarla.

Pero este no es el punto , bajo el que hemos de considerar las ciencias : antes al contrario, esta multiplicacion de gozes , compromete mas la felicidad del hombre. La ciencia es la razon , y el que mejor razone será mas sabio. Por eso, colocado el hombre entre tanto objeto que ostigan y recrean su sensualidad, tiene en compromiso su dicha , si faltando la sabiduria , no razona como debe , es decir, no conoce hasta donde se estienden las necesidades de la naturaleza, y hasta que punto deberán ser satisfechas. La balanza de contrapeso tiene por fiel á la ciencia , y solo el sabio puede apreciar el punto del equilibrio ; porque la dicha consiste , menos en la estension de los medios , que en el buen uso y aplicacion de los que tenemos á la mano.

Es evidente , que la salud no se consigue sino podemos satisfacer nuestras necesidades ; contribuyendo á ello la alegría , contento y placer de gozar bienes de este mundo. ¿ Y quien ignora que las ciencias proporcionan recursos por do quiera ? No me detendré en las de aplicacion inmediata , cuyos resultados se palpan á primera vista ; pues el químico , físico y matemático

intervienen necesariamente para todo, en el estado actual de civilizacion: hablo de las ciencias abstractas, de imaginacion, de la literatura. Teofrasto eshortando á los hombres á ser mas bien doctos que confiar en la fortuna, aseguraba «que siéndolo, ni aun eran extranjeros, ni les faltaban amigos en todo el mundo; antes bien eran ciudadanos de todos los pueblos.»

Tan cierto es esto, que arrojado Aristipo filósofo socrático durante un naufragio á las costas de los Rhodios, observó algunas figuras geométricas trazadas en el suelo, y exclamó luego ¡ amigos, tengamos ánimo, pues veo señales de hombres en esta tierra! Dirigióse á Rhodas y se encaminó á la Academia, donde disputando de filosofía, obtuvo tantos regalos, que socorrió ampliamente á sus desgraciados compañeros. Hipócrates recibió de los Athenienses el derecho de ciudadano, una corona de oro, el honor de ser iniciado en los grandes misterios; y los Griegos le tributaron iguales honores que á Hércules, siendo todo ello debido tan solamente á su ciencia. Llena está la historia de oradores, poetas, filósofos è historiadores, que fueron buscados con afán y colmados de dones por los poderosos..... Pero para qué molestaros mas; si en la época actual, el trono de nuestra Segunda Católica Isabel, presenta en todas y cada una de sus gradas algun ejemplo vivo, que demuestra

la proteccion dada por esta Soberana á las ciencias y en especial á la literatura!

Todos gozaremos larga vida, en tanto que sea saludable; al contrario, sucede temprana muerte, cuando las enfermedades atormentan la sensibilidad. Sí, Sr. Ilustrísimo, la sensibilidad unida como precisa condicion á nuestra existencia, es el templado muelle que está en completo equilibrio con el volante de la máquina representado por los órganos; pero si las oscilaciones de este sufriesen impulsiones violentas, se cambiaria la relacion de las fuerzas y vendria su destruccion. Véase porque los choques que han de impresionar la organizacion, deberán llevar un impulso proporcionado á la resistencia. ¿Y quien podrá medir esto? No el ignorante, pues ni conoce los agentes que impelen, ni los aparatos que resisten. El que no esperimentó un daño, no le huye: es decir, el que no tiene ciencia del bien, ni del mal, á todo se halla dispuesto, y sufre las consecuencias de su ignorancia; porque la ciencia es el fruto de la experiencia, y nadie puede jactarse de saber una cosa, sin haber esperimentado sus efectos y modo de obrar, bajo todas faces. Y en esto escede tambien el ilustrado al ignorante: porque su estudio le presenta en compendio y en breve rato, las experiencias de muchos siglos. Así el hombre, por la ciencia, á mas de las impresiones

que recibe, recuerda las pasadas y prevee las futuras; evitando de este modo cuanto pudiera dañarle.

Con medios suficientes para cubrir nuestras necesidades físicas, y la templanza en el uso de ellos, poco nos apartamos del animal: existe á mas en el hombre ilustrado, otra necesidad, otro placer interior, que se satisface por el pensamiento ó por la reproduccion de las ideas. Este placer intelectual es superior á cuantas sensaciones agradables puedan presentarnos los gozes físicos, como que es el carácter distintivo de nuestra existencia inteligente. Es superior Señores, y nadie puede negarlo, porque él solo, obscurece todas las impresiones de los demás sentidos, aunque obren simultáneamente: dígalo Archimedes, que pereció en el sitio de Siracusa, sin advertir el desastre que le rodeaba, preocupado con sus combinaciones matemáticas: hablen Pitágoras y Platon, que atravesaron regiones bárbaras y mares peligrosos, despreciando las molestias y privaciones consiguientes: ved al naturalista perecer en un cráter; contemplad al investigador dando la vuelta al mundo, terminar en regiones incultas é ignoradas, despues de experimentar multitud de sufrimientos.

Si por su fuerza superan los placeres de la inteligencia, no menos por su duracion; por-

que los goces físicos, ni son de todos los tiempos, ni de todas las edades, ni de todos los lugares: los estudios, por el contrario, si alimentan la juventud, tambien recrean en la vejez. Solon y Caton se gloriaban de estar aprendiendo cosas nuevas diariamente en su edad mas avanzada: el mismo Séneca decia de si: «Ya hace cinco dias que voy á la escuela á oir al filósofo Metronactes que diserta desde las ocho:» Pero que mas! Saliendo Marco Aurélio de su palacio, le preguntó Lucio el filósofo á donde iba: «Tambien á los viejos, dijo el Emperador, es decoroso el aprender, y por eso voy á oir á Sexto el filósofo, para saber lo que aun ignoro.» Lucio, levantadas las manos exclamó; ¡ Oh Jupiter! El Emperador de los Romanos ya viejo, vá á la escuela como un niño con el cartapacio en la cintura.

Finalmente, las ciencias tienen la ventaja esclusiva de que van siempre con nosotros, y podemos disfrutarlas cuando nos plazca; por eso algunos las miran como el único bien capaz de ser conservado hasta en el desastre de un naufragio.

A pesar de todo; el cultivo del entendimiento y las mejores disposiciones corporales, son prendas compatibles con los mayores vicios; y la tranquilidad del ánimo necesaria para perfeccionar la ventura, no se alcanza sino practi-

cando la virtud , segun espresion de Séneca: «*Beata vita sine virtute esse non potest.*» Y qué es la virtud? Segun opinion de Ciceron , es la razon acomodada y perfecta conforme á la voluntad de la naturaleza; y siguiendo á un escritor moderno , es la conformidad de la voluntad propia á la de los demas. Así es patente , que sin desenvolver la razon con el estudio , nos alejamos de la virtud que hace tranquila la vida: por eso afirma Platon en sus diálogos , poniéndolo en boca de Sócrates , que *la virtud se puede enseñar , porque es ciencia....* Y en efecto , es la primera y mejor de todas , pues con ella el hombre es bueno para sí , y para cuanto le rodea.

Pero qué estrepitoso clamoréo hiere en este momento mis oídos? No hechais de ver un grupo embrabecido , que abiertas y levantadas en alto las manos , grita confusamente engaño , falsedad , superchería?... Confieso que aterrado , ignoro que resolucion tomar , pues no quisiera que juzgaseis abusaba de vuestra bondad , hasta el punto de intentar la seduccion con verdades aparentes. Sin embargo : atendamos sin pasion en que fundan su repulsa. En que hombres eminentes , y aun Padres de la Iglesia cual Tertuliano , Arnobio , Lactancio y otros , miraban la filosofia , que es la razon de todas las ciencias , como un estudio estéril y desconsolador ; como una invencion del demonio , y una fuente de he-

regías. En que un Vives, un Mirandola, Cornelio Agripa y varios mas, han manifestado los perjuicios de las ciencias, y demostrado su vanidad; en que alguno, finalmente, sostuvo que perfeccionan la maldad, y facilitan los medios de satisfacer los vicios.

Tambien sé que me dirán, ¿do están la paz y tranquilidad decantadas en el espíritu del sabio, cuando de continuo surgen entre ellos las disputas y los odios mas enconados, tal vez por cosas despreciables, y hasta por el valor de una palabra, dando lugar á libelos escandalosos? ¿No parece que la baja emulacion, y la envidia inseparable de la soberbia, dominan el ánimo del que se dedica á las ciencias? Los poetas Marino y Murtolano se satirizaron tan enconados, que ya llegaron á las manos: Zoilo ridiculizó á Homero: Lemnio á Sócrates: Cydon á Pitágoras....

Si vuestra ilustracion Señor, no fuera muy abundante, ó mejor dicho, muy sobrada, para sacar la verdad oculta entre sofismas tan espinosos; tal vez me diera por vencido, ó al menos tendría que estender demasiado mi impugnacion. Porque de cierto; aunque las ciencias aproximan al hombre á la Divinidad, semejan á las demas cosas humanas, que cuanto mayor utilidad presta su uso para la prosperidad de la vida, tanto mas terrible sea su abuso. Sin hierro ni fuego, nuestros goces serian bien miserables:

sin embargo ; Qué enemigos podemos hallar mas terribles para el hombre? *Llevar á sangre y fuego* ; no es frase que representa en vuestra mente la muerte y devastacion de populosas ciudades, como consecuencias de su funesto empleo? Los medicamentos mas heróicos, aquellos que en muchos casos salvarán nuestra existencia ; No sirven continuamente de venenos violentos ?

Del propio modo , las ciencias ; tan necesarias para la tranquilidad del alma ; tan útiles para regular nuestros apetitos ; tan poderosas para extinguir los vicios, si se hace buen uso de ellas ; las vemos tornadas en instrumentos de desastre , si se aplican para sostener el orgullo y la ambicion , las contiendas y los odios.

Pero vuestra profunda penetracion alcanzará facilmente , que los que de este modo obraren, mejor que tranquilidad sienten las inquietudes y zozobra de un corazon agitado ; distando mucho del verdadero sabio , que es el que ahora nos ocupa : y que aquel será mal sabio , que no sepa defenderse á si propio de la envidia y otras pasiones mezquinas.

Entonces ; habremos de despreciar las razones alegadas por autores tan eminentes como acabo de citar ? Tampoco se oculta á vuestra perspicacia, que los hombres estudiosos, pueden aplicar su razon erradamente ; y si bien influyen en ello varias causas , no por eso el mal

raciocinio dejará de merecer el desprecio.

Es cosa muy comun , que Sabios , admirados por su probidad y dotados del mas vehemente deseo de investigar la verdad , hayan presentado sistemas quiméricos, y teorías absurdas ; deduciendo consecuencias disparatadas con su monstruosa metafísica. Estos sabios se perdieron, porque remontándose cual Ícaro con atrevido vuelo, no pudieron llegar á donde su curiosidad los llevaba , y cayeron deslumbrados : sus juicios se parecen á los de aquel Filósofo , que mientras se paseaba, negaba tercamente el movimiento de la Naturaleza.

Otros hay , que dominados por pasiones, no descubren el verdadero camino de la razon, y abrazan facilmente lo falso por verdadero , y la malicia por bondad. Unos y otros obraron preocupados : y si la falta de razon , produciendo la total ignorancia, impide que el hombre sea sabio y virtuoso ; la razon preocupada es peor , porque el preocupado degenera en vicioso. En alguno de estos casos están sin duda comprendidos , cuantos sostienen que las ciencias son peligrosas ó perjudiciales.

Y aun concediendo que los *dichos* de estos hombres pudieran tener alguna fuerza , sobran para destruirla los *hechos* de otros mil , tambien notables , que despues de haber gustado cuanto puede alhagar á el corazon humano, todo lo aban-

donaron para dedicarse esclusivamente á la soledad y al estudio; por hallar solo de este modo la calma que apetecian. Callo por no alargar mas mi discurso, los Literatos y Filósofos; los Reyes y Emperadores; los Obispos y Pontifices que la historia refiere á cada paso, y que atestiguan la verdad de mis asertos.

En vista de cuanto he dicho; ¿Quién osará negar, que el hombre sabio lleva consigo todas las condiciones que pueden hacer la felicidad temporal? Fuerte en las adversidades y desgracias que son inseparables de nuestra existencia y organizacion: prudente para investigar la verdad: templado en los goces físicos: y justo para con sus semejantes; opone una impenetrable barrera á las agitaciones de su espíritu, y á las consecuencias de los vicios que de continuo acechan y perturban la dulce paz y deseada ventura de los mortales. ¿Y quién no apetecerá felicidad tan copiosa y duradera? Qué hombre habrá, que conociendo las ventajas que le proporciona su razon ampliada con el estudio de las ciencias, prefiera sumirse en la ignorancia y el embrutecimiento?....

Pero admiremos Illmo. Señor, la prevision del autor de la naturaleza en este momento; que puso al hombre en el mundo, física y moralmente muy inferior á los demas animales, obligándole de este modo á depender en lo físico é

intelectual, de los que podían y debían ser sus maestros. Y para que cumpliera su destino, fijó en él la imperiosa necesidad de aprender, y de enseñar; con cuyo maravilloso talismán, se apodera de todo lo criado, y lo somete á su dominio.

Este comun interes nos reúne actualmente. Vosotros Doctores eminentes, entendidos Profesores, sabios Maestros, impulsados por la necesidad de enseñar, vais á saciar ese deseo. Un Gobierno ilustrado y previsor favorece vuestros esfuerzos, proporcionando medios abundantes para facilitarlos. Difundiendo las luces por doquiera; divulgando y haciendo participes de fecunda ciencia á todos los que ansian escucharos; y trabajando para que les sea fácil adquirirla, os veo reflejados en Séneca cuando escribía á Lucilio «Deseo infundir en tí todo lo que he experimentado eficaz para sanar las enfermedades del ánimo. Me alegro de aprender algo para enseñarlo, y no tengo complacencia en cosa alguna, por muy excelente y saludable que sea, si la he de saber para mi solo.... para ello te enviaré los mismos libros de donde he sacado las cosas saludables; y para que no gastes mucho trabajo en leerlos todos, pondré notas, para que tú que buscas las cosas útiles, desde luego te acerques á las que yo apruebo y admiro.»

Y vosotros, jóvenes aplicados; si la necesidad de aprender os conduce á este lugar sagra-

do, llegad bien confiados que nada os faltará para satisfacerla. Variados y provechosos ecos, no escuchados hasta el dia entre nosotros, repetirán las nuevas bóvedas, cuya entrada nos franquea la benéfica y protectora mano de un Ministro celoso, de un Compatriota ilustrado, que tambien recibió las inspiraciones de nuestros Númenes tutelares. No os arredre ningun obstáculo, porque nada hay que no venzan la aplicacion tenaz, y el cuidado atento y diligente. Hasta los defectos que la naturaleza impone á la organizacion, los superó Demóstenes con industria y egercicio; pues siendo tartamudo, de voz áspera y pulmon pequeño, llegó á ser el príncipe de los oradores Griegos. Imitad las virtudes y ejemplo de vuestros Maestros; y dedicándoos con ardor al trabajo, sin duda conseguireis las dotes del hombre sabio; justificando por sentimiento propio, que el hombre encuentra la felicidad en el estudio de las ciencias.

HE DICHO.